

ARQUEOLOGIA DEL PAISAJE

Joaquín MOLANO BARRERO *

*No hay una cosa
que no sea una letra silenciosa
de la eterna escritura indescifrable
cuyo libro es el tiempo.*

(J.. Borges, 1989).

RESUMEN: La arqueología del paisaje se presenta como una propuesta teórico - metodológica. Se hace énfasis en las relaciones paisaje - espacio geográfico, naturaleza- sociedad, tiempo - espacio y trabajo - valor, como forjadores de los procesos espaciales que testimonian la continuada acción social sobre la naturaleza. A través de la arqueología del paisaje se presentan algunos paisajes colombianos, estableciendo génesis, herencias y testimonios de su producción, en contextos necesarios para enfrentar el vacío dejado por la razón.

El paisaje siempre ha estado frente a nosotros, pero sepámoslo o no hemos estado integrados a él. El paisaje como fragmento de la realidad espacial contiene nuestro mundo, nuestros lugares, nuestro habitat. Los hombres, las poblaciones, la sociedad no se mueve en espacios abstractos. Sin embargo, en nuestra historia social encontramos cómo las palabras van perdiendo su significado o van adquiriendo nuevas cargas semánticas, casi siempre perdiendo precisión en sus significados. La palabra paisaje en su sentido original se refiere al mundo real, a los lugares comunes. El término fue perdiendo dicho sentido bajo acepciones como escenario, naturaleza, estructuras, ecosistemas, representaciones estéticas, panorama perceptivo, etc. Hoy la palabra paisaje tiene un carácter multívoco y en su buena medida equívoco, cuyo uso muchas veces causa asombro.

En el marco del presente trabajo desarrollo un concepto de paisaje desde la geografía misma, procurando integrarlo al espacio geográfico como expresión de la identidad naturaleza y sociedad. Dentro del paradigma de la geografía, el concepto paisaje vino a determinar el lugar de las formas patentes en un espacio determinado.

* Docente Excepcional. Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia.

Para cada momento y forma de organización de la sociedad el espacio geográfico que la contiene manifiesta una fisonomía, una manera de aparecer y un sentido de manifestarse; allí, en esa externalidad aparecen los elementos físicos, bióticos, socio-económicos y culturales. La conjugación de dichas entidades en un segmento concreto de la superficie terrestre, integran el paisaje geográfico. Paisaje es pues apariencia, es integración fenoménica de procesos que se intuyen ; es apariencia de esencias subyacentes. En sí mismo constituye un ordenamiento espacial que testimonia conjugación de tiempos plasmados en los lugares donde se han sucedido, ya sean geoformas, ambientes, manifestaciones bióticas, formas de organización social, etc. En un mismo paisaje existen elementos constantes en el tiempo histórico como la geomorfología, ciertas condiciones climáticas, las redes de drenaje principal y algunas formaciones vegetales. Sin embargo el ordenamiento que reciben por las acciones productivas y culturales, es sumamente cambiante determinando composiciones y recomposiciones de acuerdo con las opciones sociales que se suceden y con la dinámica que adquieren. El paisaje es un expresión fenomenológica de los procesos sociales y naturales en un tiempo dado. Puede considerarse una puerta de entrada para descifrar lo que no muestra, pero que siempre sugiere. Su permanencia es testimonio de los tiempos que se han plasmado en espacio geográfico.

Como el paisaje es sólo esa amplia manifestación externa de contenidos que subyace, he asumido el concepto arqueología del paisaje, tratando de encontrar las razones histórico - espaciales que permitan entender la razón de ser del espacio geográfico.

El término arqueología posee varios sentidos, en la medida en que se asume el estudio de las formas espaciales, las cuales testifican ordenamientos particulares de las sociedades que se han sucedido en un entorno, viniendo a equipararse con los trabajos arqueológicos de la antropología, aunque sus objetos son diferentes. En otra acepción posee el sentido de reconstrucción histórica sobre la base de las formas espaciales encontradas o de los elementos requeridos por un modo de producción en un tiempo determinado. Finalmente, adquiere el sentido de saber, amparado en los planteamientos de Michel Foucault, donde las cuestiones del espacio tienen que ver con la problemática humana y como crítica epistemológica a la racionalidad con que se han construido los saberes que integran el conocimiento del espacio geográfico.

Arqueología del paisaje

La arqueología del paisaje, tiene como objeto integrar los ordenamientos espaciales que hoy vemos, los cuales tenemos a nuestro alrededor; los que heredamos y mantienen una fisonomía propia como entidad espacial, con los procesos socio-espaciales que han precedido dicho ordenamiento y que nos remiten a la espacialidad del tiempo en términos de paisajes arcaicos, plasmados por opciones económicas, políticas, culturales e ideológicas. Los paisajes antiguos no se agotan al cambiar los procesos que los modifican, los ordenan y los producen, por el contrario, perduran con sus elementos adquiriendo nuevo sentido y significaciones. La arqueología del paisaje trata de buscar el sentido de las formas espaciales creadas, las fuerzas que las generan y que las han apropiado. El estudio del espacio geográfico es la búsqueda de un orden y un sentido donde puede comprenderse tanto el pasado como el presente. Así puede integrarse lo visible (paisajes perceptibles) con lo invisible o subyacente (Paleo-paisajes reconstruibles) en un sistema territorial. La arqueología del paisaje viene a constituir un aporte metodológico fundamental para investigar la producción del espacio geográfico engendrado por los procesos sincrónicos de la naturaleza y la sociedad. Se entiende por espacio geográfico el conjunto de ordenamientos surgidos en un entorno por la permanente interacción naturaleza - sociedad. Tiene su origen y fundamentación en la obviedad de que no existe una sociedad a - espacial y en la acción permanente que toda sociedad ejerce sobre el potencial físico - biótico. Al producir la vida y reproducir la sociedad se está creando simultáneamente espacio geográfico.

El espacio viene a ser la materia más trabajada pues no deja de recibir, entender, representar y simbolizar las formas de organización de la sociedad. Así, de acuerdo con Santos (1980), el espacio expresa la materialización del modo de producción en la estructura territorial y surge como un espacio social, un espacio humano, histórico, obra del trabajo y morada de hombre; el cual debe ser visto como un campo de fuerza, cuya energía es la dinámica social. El espacio es un factor que crea formas durables, producto de la acumulación de trabajo, las cuales actúan y establecen sentidos al movimiento de la totalidad social. De esta manera, las formas espaciales son resultado de procesos pasados, pero son condición también para procesos futuros llegando las viejas formas a ser recibidas por la lógica de la producción presente.

Algunas categorías que pueden sustentar esta propuesta son la de valorización del espacio y la relación espacio - tiempo. El valor es una categoría social basada en el trabajo. La problemática de valor se inserta

en la teoría marxista, donde se establece que no existe trabajo sin creación de valor. Asumida la teoría del valor, ampliamente desarrollada en la economía y otras ciencias sociales, podemos pasar a hablar de valorización del espacio.

Se descubre que la sociedad se relaciona con su espacio material y con todas las cosas que él contiene, a través de un proceso de valorización, pues el hombre con trabajo crea y transfiere valores y dichos valores se agregan al espacio, por la relaciones vitales que establece el hombre en su entorno, como fundamento de su materialidad social. Según Moraes et.al. (1987) la relación sociedad - espacio, es desde luego una relación valor - espacio sustantivada por el trabajo humano. La apropiación de recursos, la construcción de formas humanizadas en el espacio, las modificaciones del substrato material, etc., todo ello representa creación de valor. Con el desarrollo de las fuerzas productivas hay la tendencia a crear construcción de formas más durables sobre el espacio. Las formas espaciales duran más que los procesos que las engendran; las construcciones antiguas se tornan cualidades del lugar y expresan los contenidos de las relaciones sociales que las crea.

Los fundamentos de valorización del espacio descansan en la unidad contradictoria entre valor del espacio y valor en el espacio; es decir, apropiación a un valor agregado al espacio. En la evolución histórica de la sociedad encontramos los procesos de apropiación del espacio y sus recursos y encontramos también un espacio impregnado de trabajo agregado en sucesivas apropiaciones. La acumulación de trabajo en el espacio cumple el papel de una efectiva producción de espacio, pues su fijación significa incorporarse en el suelo como formas durables de cada vez mayor valor. Así se produce y reproduce el espacio de la sociedad, plenamente materializado como territorio, conteniendo formas de organización complejas que el estado institucionaliza en sus políticas territoriales (Moraes, 1988).

Desde el punto de vista histórico, encontramos una estrecha relación diacrónica en los procesos espacio - temporales. Como lo sabemos y cantamos, el tiempo pasa. Pasa como tiempo pero permanece como espacio. El devenir da razón de los procesos que articulan las formas espaciales, pues la permanencia de la formas creadas implica no sólo concreción de la temporalidad sino también testimonio de producción del espacio y como anotamos antes, condición de la producción posterior de dicho espacio. Al analizar la temporalidad de un espacio encontramos una

conurrencia desigual de tiempo temporalidades. Tomando como ejemplo el espacio de Villa de Leyva, en este pequeño territorio altoandino, hay tiempo geológico discordante en sus rocas que ponen en contacto el Precámbrico y Paleozóico (más de 600 millones de años) con el Cretáceo (más de 100 millones de años) y el Cuaternario (apenas unos dos millones de años). A dicho tiempo geológico que fundamenta y da razón del entorno físico, se agrega el tiempo de la formación de los Andes (más de 15 millones de años), el proceso de ocupación del espacio por las formas vivas no humanas y el poblamiento humano, el cual implica las temporalidades históricas muiscas, hispánicas y republicanas.

Para entender el espacio en su filiación histórica no podemos omitir la sucesión de temporalidades anotadas. El lugar asegura la combinación de esos tiempos en la formación de su espacio y en la representación de sus paisajes. La construcción del espacio tiene estrecha relación en los sistemas temporales sucesivos, los cuales no solamente se suceden sino que también perduran y sobreviven. Por lo tanto en el espacio encontramos elementos de diferente edad: rocas, caminos, construcciones, técnicas, etc., donde cada elemento colabora en la caracterización del espacio asegurando la unidad de lo continuo y lo discontinuo en su propia estructura. Como plantea Santos (1980), cada lugar es en cada momento un sistema espacial sea cual sea la edad de sus elementos y el orden que mantengan; permitiendo que sincronía y asincronía no sean opuestas sino complementarias en el contexto espacio-temporal.

Nos han acostumbrado a creer y a pensar que el pasado está muerto y que nada de lo pasado puede ser presente. Pero el espacio social es una forma durable que integra pasado y presente, y que además de coyuntura histórica es memoria de la sociedad como plantea Lefebvre (1975). Las formas espaciales no son vacías ni fósiles, son formas - contenido con plena posibilidad de participar en la dialéctica global de la sociedad.

El espacio geográfico es ese espacio-tiempo que estructura y proyecta una sociedad, integrada con y en la naturaleza, convirtiendo al territorio no en un actor mudo, sino en un testimonio. Por ello, a cada formación económico - social ha de corresponder una formación económica espacial. En este sentido la geografía deja de dedicarse menos de la forma de las cosas y más de su formación, pues los esquemas geográficos tradicionales en que nos hemos formado, han producido sólo conformismo, sumisiones y aceptaciones de espacios que nos continúan siendo ajenos.

Un espacio geográfico así producido, como se ha mostrado, puede ser objeto de interpretación y reconstrucción a través de la arqueología del paisaje, la cual puede establecer las discontinuidades del espacio en concordancia en las jerarquizaciones del tiempo histórico. Permite enfrentar formas espaciales reales, estableciendo una mirada de lo visible con el fin de poder determinar lo oculto. La nueva percepción geográfica equivale a descifrar un orden no manifiesto en el paisaje pero posible de hacer evidente en el espacio geográfico, el cual es un documento susceptible de lecturas e interpretaciones. Como el espacio geográfico a su vez posee la perspectiva de la globalización de los elementos y de la totalidad social, la arqueología del paisaje establece interrelaciones en los niveles del saber, concibiendo las ciencias del hombre como saberes que tiene contacto entre sí, más en el análisis conceptual que en el carácter científico, permitiendo así un mayor acercamiento interdisciplinar.

Ilustrando con algunos ejemplos, veamos como la formación de nuestro territorio manifiesta distintos procesos en la formación del espacio nacional. Es necesario entender, sobre todo para la etapa de apropiación capitalista del espacio, como la desnaturalización del medio físico - biótico como valorización del espacio, expresa una sentida contradicción denominada degradación ambiental causada por las condiciones de dependencia, sometimiento y saqueo en las cuales tuvo lugar; paradójicamente en nombre de la civilización.

Una breve arqueología de nuestros paisajes en el territorio colombiano nos deja ver la desigual acumulación de tiempos en ellos. El poblamiento hispánico de los litorales Caribe y Pacífico, ocurre en momentos históricos distintos. La ocupación de los altiplanos como los de Atréz, Pubenza, Bogotá, Ubaté, Tundama, contienen en sus orígenes hispánicos una herencia colonial temprana (siglo XVI). El poblamiento hispánico, con fundación de pueblos y haciendas, para los Llanos orientales, tiene que ver con procesos de sometimiento y ocupación de dichos espacios por parte de organizaciones productivas de carácter religioso durante el siglo XVIII y XIX. La ocupación de las vertientes acontece principalmente durante el siglo XIX como producto del extractivismo y el auge de la economía agro-exportadora. Las selvas ecuatoriales del Magdalena Medio, el Catatumbo, los Valles del Sinú y San Jorge, el Andén-Litoral del Pacífico, la vertiente Andino-Amazónica y los piedemontes y penillanuras de la Amazonia colombiana fueron objeto de ocupación y poblamiento durante el siglo XX, bajo distintos procesos productivos, ligados con la violencia, la ampliación de la frontera agropecuaria y la

Arqueología del paisaje

apropiación del valor puesto en el espacio geográfico por los migrantes y marginados.

Finalmente, los páramos han soportado una colonización de altura cuyos parámetros guardan semejanzas con los anotados por otras regiones; sin embargo la producción papera y la ganadería de altura se han mantenido como actividades dominantes; unidas a las estaciones de transmisión radial o televisiva o los puestos de control militar.

Tan desigual acumulación de tiempo fundamenta la estructuración de nuestros paisajes; casi siempre actuando sobre estructuras ecosistémicas originales, lo cual implicó esenciales transformaciones de la selva, los suelos, los climas y la rica diversidad biológica y cultural del territorio. Los espacios geográficos que hoy vemos, usamos, estudiamos y continuamos transformando bajo condiciones más inestables o equilibrios más precarios; tienen una génesis, expresan una herencia ecológica y ambiental, contienen testimonios de procesos socio-históricos y simbolizan los elementos de las culturas que los recrean. Colombia como país, es ese espacio-tiempo que ha integrado naturaleza y cultura bajo la necesaria y pertinaz acción de los hombres de producir el espacio como condición y consecuencia de producir y reproducir la vida en todas sus dimensiones.

Como vemos, las diferencias de los lugares son tanto naturales como históricas y socio - económicas. Cada una posee una acumulación desigual de tiempos. Los procesos cumplidos definen el uso del suelo, las apropiaciones de la naturaleza, las relaciones entre lugares; de tal manera que la organización del espacio muestra desarrollos desiguales, debido a que la historia del capital es selectiva, elige áreas, establece cierta división territorial del trabajo, impone una jerarquización de los lugares y establece una dotación diferencial de los equipamientos.

La identidad de la sociedad y la naturaleza ha sido rota desde hace varios siglos con el surgimiento de la racionalidad, incrementado con el conocimiento científico-técnico, el cual ha generado una racionalidad instrumental desbordada, bajo un modelo civilizatorio que no encuentra la noción del equilibrio. El crecimiento económico ha demostrado su incompatibilidad para preservar la vida en nuestro planeta. El saber que se produce está desarticulado y tiene un fuerte carácter imitativo, demarcado por la rigidez de las fronteras disciplinarias y la separación casi infranqueable de las ciencias sociales y naturales. Considero que el

análisis espacial de la problemática ambiental encuentra en la arqueología del paisaje una propuesta metodológica a desarrollar, con el fin de buscar sentido y constituir contextos en la identidad sociedad-naturaleza.

El espacio geográfico resultante de dicha interacción permite entender muchos de los problemas sociedad-naturaleza, pues su carácter de totalidad social, establece las mediaciones históricamente determinadas de la crisis socio-ambiental. Los procesos de producción del espacio pueden servir para articular lo segmentado, para conocer las interdependencias y las implicaciones que comportan lo natural y lo social. En parte, la crisis que vivimos se caracteriza por la dificultad de interpretar estas situaciones mutuamente influyentes (Ojeda et.al, 1985), en una visión totalizadora del individuo, de la naturaleza y de la sociedad.

En el paisaje nos encontramos con los hombres, con su pasado y su presente, con su forma de organización que no son sino la misma sociedad a la que he venido aludiendo. Sabemos que su estudio ha sido relegado al campo demográfico, ya que la población es asumida por el proceso productivo como un recurso más, despojándola de una esencia fundamental: La cultura. En un elevado porcentaje, los pueblos viven marginados de las condiciones esenciales para mantener la vida y la dignidad. Como se ha expresado tantas veces, el problema de la degradación ambiental está íntimamente asociada con la pobreza. Hablar del hombre y de la población es abstracto, es un gran error. La humanidad es múltiple y heterogénea. Posee nacionalidades, étnias, ideologías, culturas, religiones, etc., irreductibles a un cuadro referencial único. El problema básico en la interrelación sociedad-naturaleza, está en que paralelamente a los problemas ecológicos que afectan el planeta, existe una marcada erosión de la sociabilidad (el sentido de la relación social cotidiana), de las identidades colectivas, de la espiritualidad, todo lo cual roba nuestras raíces y piso cultural, conservando un sentido de desarraigo y de vacío. Al homogenizar la vida, normalizar las conductas y borrar las diferencias, se pierde el ámbito de producción y creación de sentido de naturaleza y la sociedad.

En algún momento pensamos que la tecnología debería servirnos para satisfacer nuestras necesidades reales. Pero ahora hemos invertido la fórmula y de hecho la hemos pervertido: nuestras necesidades son artificialmente creadas para satisfacer las exigencias de la tecnología (Skolimowski, 1972). La pérdida de arraigo colectivo bajo el cálculo de la racionalidad formal y mercantil, va destruyendo todo paisaje de

Arqueología del paisaje

familiaridad en que pueda apoyarse la memoria colectiva. Hoy los espacios se construyen cada vez más de flujos, de circulación de información, pero cada vez menos de encuentros y comunicación (Martín 1990).

Compendiando esta reflexión podemos decir que sociedad y naturaleza, población y ambiente, paisaje y espacio geográfico, tiempo y espacio, valor del espacio y valor en el espacio, apariencia y esencia, y naturaleza y cultura, constituyen nodos que desde diferentes énfasis y perspectivas nos permiten pensar la dimensión de una geografía, la cual en su integralidad haga posible el desarrollo de nuevas miradas, las cuales se incorporen al mundo natural en la vida de la sociedad, no en la eficacia científica sino en un diálogo y en un encuentro de comunicación y de sentido, como lo es toda búsqueda. La arqueología del paisaje es una propuesta de corte epistémica para continuar repensando la geografía como ciencia de síntesis, en esa necesaria complementaridad de saberes que han de integrar una visión del mundo y de la tierra. Hoy reconocemos que la sociedad enfrenta un vacío dejado por la razón, pues como plantea Hoyos (1994), antes de nosotros pensar se nos dá el ser, la naturaleza; sin embargo, nos encontramos ante la paradoja que exista la imposibilidad de vivir lo que conocemos. Este es uno de los peligros que acecha a la ciencia, considerar que sólo hay un tipo de mundo, en el cual nos es bastante difícil hoy encontrar identidad y proyección a partir de nuestras propias ideas como recreadores del mundo. Parodiando a Borges (citado antes), tenemos el espacio y el tiempo y con silenciosas letras identificamos las formas o escribimos paisajes en la dinámica temporalidad del espacio. El tiempo que es espacio, nos reafirma en que la geografía debe estar al servicio de la vida como lo planteó el geógrafo anarquista Elisée Reclus (1830-1905), hace ya más de un siglo.

Referencias bibliográficas

Borges, Jorge Luis (19889). *Obras Completas*, tomo II. Buenos Aires, Editores Emecé.

Hoyos, Guillermo (1994). "Ética y Ambiente". Segundo Encuentro Internacional "El Porvenir del mundo: un compromiso de las culturas con la vida". Bogotá - Colombia.

- Lefebvre, Henri (1975). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona, Ediciones Península.
- Martín, Jesús (1990). "La ciudad entre Medios y Miedos". *Gaceta COLCULTURA*, No. 8. Bogotá - Colombia.
- Moraes, Antonio C.R y Da Costa, Wanderley M. (1987). *Geografia Crítica. A Valorização do Espaço*. 8a. Edición. Sao Paulo, Editora de Humanismo, Ciencias e Tecnologia.
- Moraes, Antonio C.R. (1988). *Geografia Pequena História Crítica*. 8a. Edición. Sao Paulo, Editora de Humanismo, Técnica e Tecnologia.
- Ojeda, Olga y Sánchez, Vicente (1985). "La cuestión ambiental y la articulación sociedad naturaleza". *Estudios Sociológicos del Colegio de México*. Vol VIII., No. 7. México.
- Reclus, Elisée (1906). *La geografía al servicio de la vida*. Antología Colectivo de Geografía Escuela Moderna. Barcelona.
- Santos, Milton (1980). *Por una Geografia Nova. Da crítica da geografic a uma geografic crítica*. Sao Paulo, Editora de Humanismo, Ciencia e Tecnologia.
- Skolimwski, (1972). *Economía y ecología*. Lecturas de apoyo Ingeniería Forestal. Mérida, Venezuela.